

**Master Negative
Storage Number**

OCI00041.18

**Historia de Orlando
furioso**

Madrid

[1894?]

Reel: 41 Title: 18

**BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY**

**RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCl00041.18**

Control Number: ADT-1211

OCLC Number : 29664145

Call Number : W 381.568 H629 v.1 HISOR

Title : Historia de Orlando furioso.

Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]

Format : 32 p. : ill. ; 22 cm.

Note : Cover title.

Note : Title vignette.

Subject : Chapbooks, Spanish.

**MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)**

**On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA**

Film Size: 35mm microfilm

Image Placement: IIB

Reduction Ratio: 8:1

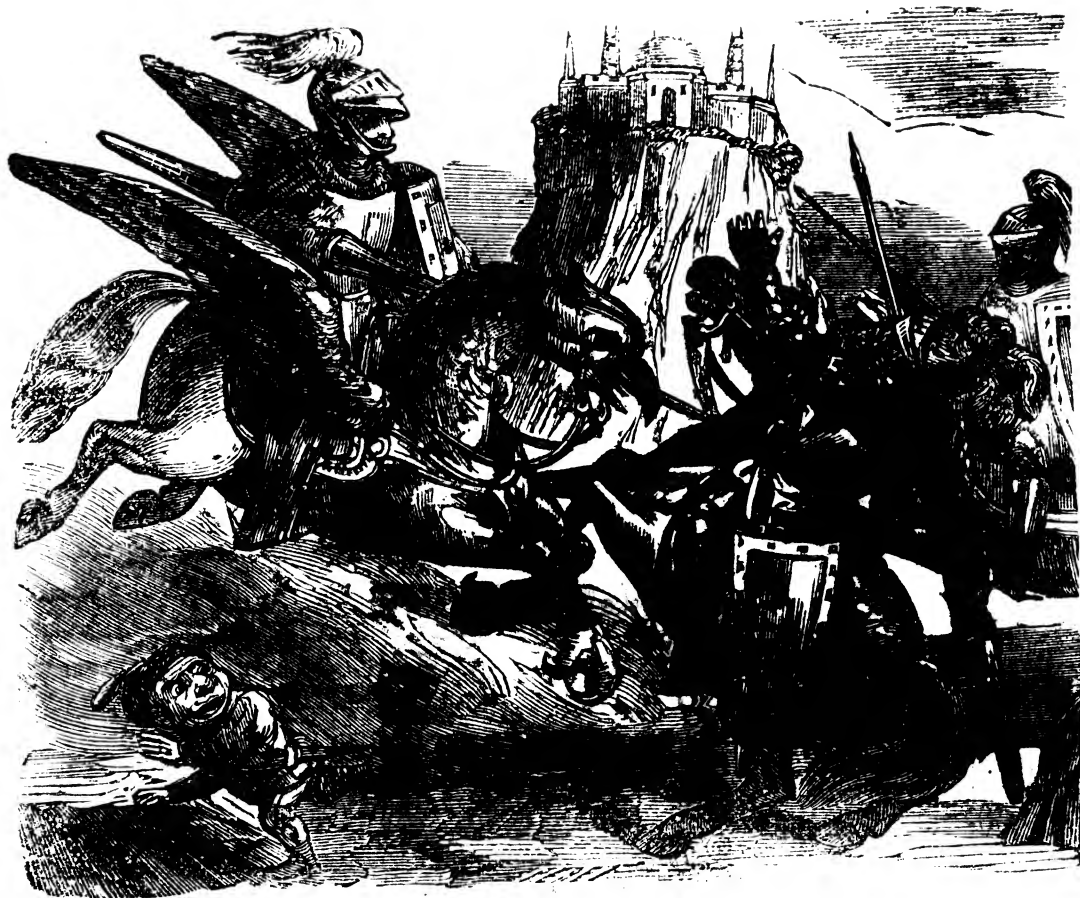
Date filming began:

Camera Operator:

9/27/94

AA

(CUATRO PLIEGOS.)



HISTORIA
DE
ORLANDO FURIOSO.



MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.



ORLANDO FURIOSO.

CAPITULO PRIMERO.

En que se dan á conocer algunos personajes de esta historia.



ENAMORADO Orlando hacia mucho tiempo de la hermosa Angélica, había llenado el Oriente, la Medea y la Tartaria de inmortales trofeos. Regresaba con ella al Occidente, cuando halló al pié de los Pirineos al ejército de franceses y alemanes que Carlos, emperador de los romanos, había reunido para reprimir la audacia de Agramante y de Marsilio. El valiente Orlando llegaba muy oportunamente para defender su patria, pero le aguardaba en ella un dolor amargo. Aquella mujer que le traía desde las comarcas en que nace la aurora á las orillas del Poniente, aquella mujer por quien había expuesto tantas veces la vida, debía serle arrebatada en medio de sus amigos, sin el menor combate.

El emperador, para evitar las discordias que producirían los celos de Orlando y la pasión ardiente que á su primo Reinaldo de Montalban había inspirado la bella Angélica, colocó á esta bajo la protección del duque de Baviera, tío de ambos rivales, el cual la prometió á aquel de los dos que matase más infieles en la próxima batalla. Pero la fortuna fué adversa á los cristianos: el duque de Baviera fué he-

cho prisionero, y Angélica huye de la tienda en que se hallaba encerrada para librarse de la suerte que la reservaba el vencedor. Montó en un corcel y se dirigió á un bosque inmediato, donde halló á un caballero armado de su coraza y casco que corria ligero por aquel sitio. Al reconocer en él al señor de Montalban, huyó Angélica, pero el caballero, que corria en busca de su caballo Bayardo que se le habia perdido, la reconoció tambien. Entonces, la doncella corre dirigiendo su palafren á la ventura y encuentra á Ferragus, á quien se le habia caído el casco en el rio. Al verla, perdido de amor por ella como los otros, vuela á su socorro, y se dirige espada en mano á Reinaldo. Empéñase una terrible pelea; pero al fin, conocen que mientras ellos se baten Angélica se aleja, y convienen en que es mucho mejor alcanzarla y disputársela despues; mas como Reinaldo ha perdido su caballo, Ferragus le insta que monte á la grupa del suyo, y en efecto, así llegan á un punto en que hay dos caminos, y no sabiendo cuál de ellos seguir, Reinaldo toma el uno y Ferragus el otro. En medio de su carrera ve Reinaldo á su caballo y le grita que se detenga, el animal no obedece y sigue corriendo.

Entretanto huye Angélica por un bosque sombrío, y cada vez se aleja más de Reinaldo, hasta que agobiada por aquella carrera violenta se decide á descansar en un lecho de flores que apenas deja percibir el mullido césped. En cuanto Angélica se abandona á las dulzuras del sueño, oye el ruido de un caballo y distingue á un caballero que se para á la orilla de un arroyo. Palpitante de terror y de esperanza contiene la dama su respiracion para no revelar su presencia. Aquel guerrero es Sacripante, rey de Circasia. Angélica reconoce en él á uno de sus adoradores más solícitos. Al escuchar sus quejas y sus lamentos, la dama se conmueve y sale de improviso de su retiro.—Guárdete Dios, le dice, y Él proteja nuestra reputacion y me purifique de tus injustas sospechas!—Transportado el guerrero de amor, corre al encuentro de la divinidad de su alma, y Angélica, que tan fria y severa se mostraba en el palacio de Cathay, le recibe en sus brazos... Pero en el momento en que quiere traspasar los límites de su continencia aparece un caballero armado, al cual dirige el rey de Circasia coléricas miradas.

Sin intimidarse por su ademan amenazador, avanza el paladin y se dispone á la pelea; caen los dos combatientes el uno sobre el otro, y pronto el recién llegado vence á Sacripante y le hace rodar por el suelo en presencia de su amada, no atreviéndose á levantar confundido de vergüenza.—Cálmate, señor, le dice Angélica cuando el vencedor se hubo alejado, esta caída solo puede atribuirse á la debilidad de tu caballo, además que se infiere por la brusca retirada de ese incógnito que se confiesa vencido.—Iba á contestar Sacripante, cuando pasó por aquel sitio un mensajero, y preguntado

por Angélica si conocía á un caballero que debía haber encontrado en el camino, respondió que sí, que era una bella joven llamada Bradamanta, la que acababa de derribar al rey de Circasia, á quien lo cual se alejó el mensajero dejando al sarraceno triste y avergozado. Apenas han andado dos millas cuando un nuevo ruido turba el silencio del bosque. Es un hermoso caballo enjaezado, aquel Bayardo que Reinaldo perseguía inútilmente. Va á cogerlo el rey de Circasia, pero al mismo tiempo se oye la voz de un paladin que sale por entre el ramaje y le grita:—Ladron! ese corcel es mio y no sufro que nadie se apodere de él, voy á arrebatarte tambien esa dama, dejártela seria un crimen.—Mientes, repuso el sarraceno, ese dictado te conviene mejor á tí; veremos quién es el poseedor de esta dama y este caballo, aunque estoy pronto á confesarte que nada hay en el mundo comparable á esta beldad.—Como dos perros vigorosos, excitados por el odio y la envidia se aproximan uno á otro rechinando los dientes y se destrozan con furor. Sacripante está á caballo y Reinaldo á pié; mas sin embargo, la espada de este último divide el cráneo de Sacripante y cae entumecido del golpe. Al ver tal espectáculo, la tímida joven palidece de terror y lanza su corcel por medio del bosque, siguiendo una pendiente rápida y escabrosa.

CAPÍTULO II.

Del encuentro que tuvo Bradamanta con el conde Pinabel y de la traicion que este le hizo.



OLVAMOS ahora á la hermosa y valiente Bradamanta que hizo medir el suelo al rey de Circasia. Es hermana de Reinaldo y ama á uno de los guerreros de Agramante, llamado Rugiero. El mismo dia en que Sacripante fué vencido, llegó Bradamanta á la orilla de un claro arroyo. Mientras admiraba la belleza de aquel sitio, distingue á un caballero que sentado á la sombra de un bosquecillo se halla entregado á silenciosa meditacion. Impulsada

por la curiosidad, se acerca á él y le pregunta la causa de su tristeza; y entonces el caballero le abre su corazon y le responde en estos términos:—«Iba yo conduciendo unos soldados del rey Carlos y llevaba bajo mi custodia á una hermosa dama á quien queria más que á mi propia vida, cuando cerca de Rodana vi á un caballero cubierto con su arnés y montado en un caballo con alas; apenas vió á mi dama se precipitó sobre ella y la arrebató á pesar de su dé-

bil resistencia. Desesperado entonces anduve errante diez días sin cuidarme de nada, hasta que llegué á un valle salvaje rodeado de profundas cuevas, en el centro del cual se elevaba un brillante castillo, obra de los diablos, según lo he sabido después. Aquel castillo es la guarida de un encantador que está asolando la comarca con sus escursiones, y él es quien guarda encerrada la dama de mis pensamientos.

Mientras me hallaba yo inmóvil sin saber lo que me pasaba, llegaron dos caballeros, el uno era Gradasse, rey de Siricania, y el otro un joven célebre ya por su valor, llamado Rugiero. — Vienen, me dijo el enano, para batirse con el dueño de ese castillo. — Ah! señores, exclamé yo, apiadaos de mi infortunio, devolvedme á mi amada si triunfais; y rogué á Dios por la suerte feliz de los dos campeones, colocándome desde lejos para presenciar el combate.

Cuando llegaron los guerreros al pié de la roca, se abrieron de repente las puertas del castillo y apareció el mágico en un caballo alado. Al pronto se elevó por los aires con lentitud; pero poco después se remontó á donde ni las águilas pudieran alcanzarle. Precipitose luego rápidamente hácia la tierra y con lanza en ristre cayó sobre Gradasse, el cual se sintió herido antes de poderse poner en defensa; la lanza se rompió sobre la armadura y á la fuerza del golpe dobló el lomo la robusta Alphane, la mejor y la más hermosa de las yeguas. Mientras que Gradasse descargaba golpes que solo herían al aire, el mágico remontó de nuevo su vuelo y cayó con el mismo ímpetu sobre Rugiero. Inclinase el paladin bajo la violencia del golpe y retrocede su caballo, y cuando Rugiero se levanta para defenderse, ya está su enemigo á la altura de las nubes. En vano ambos caballeros quieren defenderse, porque el mágico hiriendo al uno, golpeando al otro, no les deja tiempo para nada, deslumbrados además por un brillo fantástico que no les permitía distinguir de dónde proceden los golpes.

Por último, llegada la noche, el mágico descubrió un escudo envuelto en una tela de seda, que sostenía en su brazo izquierdo, y produjo tan brillante resplandor, que los dos caballeros cayeron en tierra, perdido el conocimiento, y quedaron en poder de su enemigo.

Su desgracia me arrebató la última esperanza, y me alejé para siempre de aquel sitio donde se encierra mi felicidad. Ahora bien, juzgad si puede haber penas de amor como las mías.»

Al decir estas palabras, cayó de nuevo el caballero en su profundo abatimiento. Era Pinabel, hijo de Anselmo, conde Hautorine, el cual, lejos de desmentir la perfidia de la casa de Maguncia, la sobrepujaba en vileza y cobardía.

Conmovida Bradamanta, había manifestado una viva alegría al

oir el nombre querido de Rugiero; mas cuando supo la suerte que le había cabido á su amante, dijo á Pinabel:—Caballero, guiadme al instante hacia ese castillo en que gime vuestra hermosa dama, y si me ayuda la fortuna no os arrepentireis de este nuevo trabajo.— Ah! respondió Pinabel, yo no vacilaria en guiaros á la montaña; pero os advierto que vais á cruzar ruinas y precipicios para al fin quedar en un encierro: no me acuséis de haberos ocultado los peligros á que os exponéis.

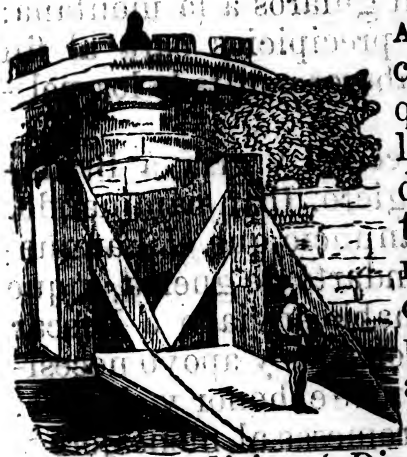
Esto diciendo, vuelve las riendas de su corcel y gria á Bradamanta que todo lo arrostra por salvar á Rugiero. Iban caminando, cuando encontraron un mensajero que les anunció que el Langüedoc y la Provenza habían levantado el estandarte de guerra, y que Marsella, no teniendo quien la defendiera, había enviado á buscar á la ilustre y valerosa Bradamanta, cuyos consejos y apoyo necesitaba. La guerrera duda al principio, vacila entre el honor y el amor, y por fin se decide por este último, dando promesas al mensajero y continuando su camino para auxiliar á su amante.

Pinabel, que acaba de saber que su compañera pertenece á la familia de Clermont á quien la suya odiaba profundamente, piensa perder á Bradamanta para siempre ó separarse de ella en la primera ocasion. Quiere aprovechar la espera del bosque para huir, y se aleja de su compañera con pretexto de reconocer el terreno; pero al llegar á la cumbre de la montaña se ve una cueva que parece tener más de veinte brazas de profundidad, en el fondo de la cual abre otra cueva por la que sale un resplandor semejante al de una antorcha encendida. Cuando estaba examinando todo esto, llega Bradamanta, y al verla medita el conde un proyecto infame. Indúcela á que suba á la abertura que se asemeja á la de un pozo, y la dice que ha visto en el fondo á una joven cuyo rico traje revela su elevada estirpe, que sin duda debe hallarse cautiva, porque en el momento en que él se disponia á bajar, apareció un hombre enfurecido que la arrastró al interior de la caverna.

Bradamante, crédula y confiada, dá crédito á las imposturas de Pinabel, y anhelando socorrer á aquella infeliz, busca el medio de bajar á la cueva. Arranca una larga rama de un olivo y dice á Pinabel que la coja por el extremo más grueso y la sostenga con fuerza, mientras ella, suspendida por el otro extremo, se desliza dentro de la cueva; y cuando está suspendida en la boca del abismo, se sonríe el traidor y la grita:—¿Sabes saltar bien? Y abre las manos con infernal satisfacción. Mientras rueda Bradamanta con la rama, añade:—¿Por qué no han de estar ahora aquí todos los tuyos? De un solo golpe extinguiría una raza maldita! Y en seguida, pálido y despavorido, huye apoderándose del caballo de su víctima, para completar su iniquidad.

CAPÍTULO III.

De lo que aconteció á Bradamanta en la cueva y del singular combate que tuvo con el mágico Atlante.



AGULLADA quedó Bradamanta por la violencia del golpe, á pesar de que las ramas pequeñas disminuyeron la rapidez de la caída; levantóse penosamente y entró en una segunda cueva más espaciosa que la primera. Extensa y cuadrada parecía una capilla; columnas de alabastro sostenían la bóveda, y en el centro se eleva un altar ante el cual arde una lámpara cuya luz brillante derrama en ambas cuevas un dulce resplandor. Postrase la jóven de hinojos al ver un sitio que parece sagrado, y dirige á Dios sus fervorosas oraciones. Entonces se abre una puerta pequeña que rechina bajo sus goznes y sale por ella una mujer con los piés descalzos y los cabellos sueltos, que la llama por su nombre. —Valiente y generosa Bradamanta, la dice, sabe que la voluntad divina es la que te conduce aquí. El alma de Merlin me ha predicho tu llegada y por eso te estaba esperando para revelarte la suerte que te depara el destino. Esta gruta famosa y temida es obra del sábio encantador Merlin, el cual, para satisfacer el capricho de la mujer á quien amaba, la dama del Lago, se acostó vivo en esa tumba, donde halló el sueño eterno; pero el espíritu profético de Merlin no se ha separado de sus helados huesos; contesta su voz á los que le preguntan por el pasado y el porvenir. Hace tiempo que he venido para consultarle, y habiéndome anunciado tu llegada, he permanecido aquí para verte. —¿Quién soy yo, replica tímida y pudorosa la hija de Aimon, para que los profetas se dignen ocuparse de mí?—Regocíjase, no obstante, con tan extraña aventura, y sigue á la mágica que la conoce al sepulcro de Merlin, el cual estaba formado de una piedra dura y brillante que despedía un resplandor rojizo. Apenas traspasó Bradamanta el dintel del sagrado recinto, se oyó desde el fondo de la tumba la voz fuerte y clara del mágico Merlin. —Ayude la fortuna tus proyectos, casta y noble jóven, dijo, de tus entrañas saldrá una raza numerosa y valiente que restituirá á la Italia su antiguo esplendor; mas para cumplir los decretos del destino es preciso que un matrimonio contigo colme los deseos de Rugiero. Descuida, nada se opondrá á que le libres, y el ser maldito que le tiene encadenado sucumbirá á sus golpes.

Cayó Merlin, y dejó al cuidado de Melisa hacer que comparciera ante los ojos de Bradamanta su ilustre posteridad. Dá la má-

gica, sus órdenes y una porción de espíritus aparecen por distintos lados y bajo diferentes formas. En esta operacion pasaron gran parte de la noche; y á los primeros albores de la aurora partió Bradamanta con Melisa, siguiendo escabrosos senderos, con objeto de salvar á Rugiero. Melisa la dice que necesita tanta astucia como valor para acometer tamaña empresa.—Aun cuando fuérais el mismo Marte, continúa, no podríais resistir al nigromántico. Esos muros de acero y el caballo que lleva por los aires, no son tan temibles como su escudo, del que salen rayos tan penetrantes y peligrosos, que los ojos del que los reciba quedan deslumbrados y se queda el cuerpo en un estado semejante al de la muerte. Imposible te seria dirigir los golpes ni parar los de tu adversario. Pues bien; para librarte de esa luz deslumbradora y de los encantos del mágico, te enseñará el único secreto que puedes emplear.

«Agramante, poseedor de un anillo mágico que fué sustraído á una reina de las Indias, le ha entregado á uno de sus oficiales llamado Brunel. Este hombre va delante de nosotros por el mismo camino, y solo nos lleva algunas millas de ventaja. El anillo es un precioso talisman contra los encantamientos; pero Brunel es tan astuto y tan gran mágico como el que tiene preso á Rugiero. Agramante le habia confiado la salvacion de tu adorado; pero es preciso que á tí sola la deba. Para conseguirlo, seguirás caminando durante tres dias por las orillas del mar; en la tarde del tercer dia, llegarás á la hostería en que está Brunel, poseedor del anillo; le conocerás fácilmente por su estatura de menos de cuatro piés y su abultada cabeza cubierta de una lana espesa; su mirar es torbo, su nariz aplastada, su color lívido, y sus pobladas cejas se unen con su barba. Podrás entablar conversacion con él, hablándole de tu deseo de batierte con el mágico; pero no le des á entender que conoces el poder del anillo; se ofrecerá á guiarte y partireis juntos; ten cuidado de ir detrás de él, y en cuanto os hallais cerca del castillo de acero degüella á Brunel sin compasion y apodérate del anillo.»

Hablando así, llegaron Melisa y Bradamanta á las orillas del mar; donde se separaron derramando lágrimas, y la hija de Aimon continuó su viaje anhelando salvar á Rugiero.

Al cabo de tres dias llega al fin á la hostería que le habia indicado Melisa, pocos instantes despues que Brunel. Teniendo presente lo que la mágica le habia dicho, conoce al que lleva el anillo, y le hace varias preguntas acerca de su viaje, á las que él contesta con imposturas. La guerrera por su parte le oculta tambien su nombre, su religion y su patria, y se mantiene en observacion porque ya sabe que Brunel es capaz de las mayores raterías. En este estado, se oye un gran ruido que conmueve los cimientos de la casa. Oh! Reina de los cielos! exclamó Bradamanta; de dónde proviene ese rui-

do? El hostelero y toda su familia estaban asomados á la ventana con la vista fija en el cielo, como si estuvieran mirando un eclipse. Bradamanta se asomó también y divisó un corcel con alas montado por un ginete cubierto de rica armadura. Las alas de aquel caballo maravilloso estaban formadas de plumas de diferentes colores, y las armas del ginete eran de bruñido acero.—Es un encantador, dijo el hostelero, que hace escursiones por estos sitios y roba á todas las mujeres hermosas que encuentra; por eso las jóvenes del país que creen hallarse dotadas de alguna hermosura, y hay muy pocas que no lo crean, no se atreven á salir de día. Además, muchos caballeros que se han dirigido hácia el castillo, habrán encontrado allí su muerte, porque no se les ha vuelto á ver.

Bradamanta escucha con interés estas palabras y se promete destruir los encantos del mágico con el poder del anillo.

—¿Hay alguno de tus criados que me guie al castillo para combatir con el mágico? preguntó al hostelero.

—No te faltará guía, respondió Brunel; yo te acompañaré.

—Y yo te veré con gusto á mi lado, contestó Bradamanta regocijándose con la idea de poseer el anillo.

En efecto. A la mañana siguiente compró al hostelero un caballo bueno para pelear, y precedida de Brunel, se puso en marcha hácia el castillo. Cuando ya estuvieron cerca de él creyó Bradamanta que no debía tardar más en ejecutar su proyecto; pero no teniendo valor para asesinar á un hombre débil é indefenso, se arrojó sobre él sosteniéndole y luego le ató á un corpulento pino donde el miserable no podia hacer ningun movimiento. Luego que le tuvo sujeto se opoderó del anillo y continuó su marcha sin enternecerse por los gritos y la desesperacion del sarraceno. Baja á la llanura, y para traer al encantador y provocarle al combate, toca la trompa, le llama y desafía. No tarda en aparecer el mágico hendiendo los aires con su caballo alado; pero Bradamanta observa que no lleva espada ni lanza, sino solamente un escudo que pende de su brazo izquierdo y que está cubierto con una tela de seda: en la mano derecha tiene un libro abierto que le sirve para sus encantamientos. Pero todos sus artificios son impotentes para Bradamanta, protegida por el anillo. Se agita y mueve la guerrera para engañar al mágico; y este se decide á descubrir el escudo encantado. Entonces Bradamanta se arroja al suelo, y le sirve tan bien este ardid, que el mágico, creyéndola ya su prisionera, baja á tierra para apoderarse de ella; pero en el mismo instante se levanta la joven de improviso, le sujeta con fuerza y le oprime con la cadena que él creia sujetarla. Ya no empuña aquel libro que le asegura la victoria. Anciano indefenso y débil queda en poder de la robusta guerrera que va á cortarle la cabeza. Pero su brazo queda suspenso en el aire y mira como

una venganza ruin degollar á aquel anciano de blancos cabellos.

—¡Por piedad, jóven! la dice el mágico; arráncame la vida puesto que de nada me sirve. Yo habia consagrado mi existencia á velar por un jóven caballero llamado Rugiero, y he construido ese castillo para guardarle, rodeándole de todos los placeres para hacerle la vida más agradable. ¡Oh, desgraciado Atlante! ¿Para qué quiero vivir? ¡Ah! si tu alma es tan bella como tu rostro no te opongas al éxito de tan generosa empresa, y si es inmutable tu resolución arráncame esta alma tan desconsolada.

—Inútiles son tus ruegos, replica Bradamanta. Libraré á ese héroe y á todos los cautivos.

Y al decir esto arrastra el mágico hacia el castillo y le hace subir delante. Al llegar á la roca descubre Bradamanta una escalera de caracol por la que suben al castillo. Una vez allí Atlante levanta una enorme piedra que hay á la entrada, bajo la cual se encuentran unos vasos llenos de fuego oculto. Durante un gran rato contempla el anciano aquellos vasos, para él sagrados, con muestras de gran veneracion y respeto, y arrodillado sobre la roca derrama amargas lágrimas, que van á humedecer su blanca barba.

—¿Qué esperas, qué te detiene? preguntó Bradamanta. Acaso pretendes burlarme con tus encantos? Es preciso que ahora mismo desaparezca este castillo y queden libres las damas y caballeros que en él se hallan cautivos.

Al oir estas palabras levántase el anciano Atlante y, subyugado por el poder maravilloso que la jóven ejerce sobre él, merced al inestimable valor del anillo de Brunel, toma los vasos que contienen el fuego oculto, los rompe y al instante desaparecen las murallas, la torre y el castillo. Las damas y caballeros, libres ya, aparecen diseminados en aquella tierra estéril. Allí están Gradasse y Sacripante, y entre ellos Rugiero, que reconoce en la hija de Aimon á su libertadora. Al ver á la que ama más que á su vida nada hay capaz de igualar su dicha y alegría. Ambos bajan al valle en que Bradamanta consiguió su victoria y encuentran al hipógrifo ó sea aquel mónstruo alado en que cabalgaba el mágico, llevando el escudo fatal colgado del arzon. Bradamanta se acerca y el caballo parece aguardarla; pero cuando vá á cogerle dá un vuelo y se le escapa: le persiguen todos los caballeros y á todos burla, haciéndolos fatigarse inútilmente, hasta que, impacientado Rugiero, le persigue. El hipógrifo le espera y se deja cojer; pero el guerrero no puede sujetarle y hacerle obedecer. Apéase de su caballo y sube en el hipógrifo; le elava las espuelas y el mónstruo galopa un buen rato; luego se eleva por los aires dejando consternada á Bradamanta que no cesa de mirar hasta que lo pierde de vista. Este era un ardid de que se habia valido el encantador para apoderarse de Rugiero.

CAPÍTULO IV.

De lo que aconteció á Angélica con un ermitaño y de como fue expuesta para ser devorada por un monstruo marino.

Dejamos á la hermosa Angélica huyendo de Reinaldo. Cuando marchaba con precipitada carrera encontró á un ermitaño, á quien suplicó la enseñase el camino del mar para hallarse más segura atravesando las olas. Su belleza cautivó al ermitaño; mas desesperando de conseguir sus ardientes deseos, porque la hermosa se le escapaba de entre las manos, clavó sus espuelas al asno en que iba montado y procuraba seguirla. Aléjase Angélica más y más; temiendo el ermitaño perderla de vista, llama en su auxilio á los espíritus infernales y hace entrar á uno en el cuerpo del caballo de Angélica. La joven sigue su camino sin desconfianza y cuando llega á la orilla del mar dirige su caballo por la playa; pero el demonio, pacífico hasta aquel momento, se lanza en medio de las olas y se vé obligada á nadar. Asustada Angélica se agarra á la silla y pretende hacer volver á su corcel á la costa, pero en vano; cada vez se interna más en el mar. Por fin torna el caballo con direccion á la derecha y deposita su preciosa carga en unas rocas que forman cavernas. Cuando Angélica se halló tendida en tierra y sola en aquel sitio, era difícil distinguir si lo que allí había era un ser animado ó una estatua de alabastro. Por fin exhalan sus labios amargas quejas, acusa al destino de causarla tantas desdichas, maldice su belleza y llama á la muerte para que ponga término á su existencia.

Durante sus lamentos aparece á su lado el anciano ermitaño, que llevado á aquel sitio sin saber cómo, hacía seis dias que esperaba la llegada de la hermosa. Al ver su aspecto venerable, Angélica se tranquiliza y le dice:

—¡Ah, padre mio, apiadaos de mí y de mi mala suerte! Y con voz interrumpida le refiere lo que él está muy lejos de ignorar.

Entonces el ermitaño la dirige palabras devotas y al mismo tiempo la acaricia sus manos, profana sus mejillas y cada vez más atrevido procura abrazarla. Indignada la hermosa le rechaza, y entonces el pérfido, que lleva un frasquito en una caja, le destapa y lanza á sus hermosos ojos algunas gotas de un licor que en el momento la deja dormida y á su merced. Incapaz de oponerle resistencia en aquel estado, el ermitaño la estrecha entre sus brazos y sus impudicas manos recorren los contornos más hermosos de su cuerpo. Nadie hay allí que se oponga á sus infames designios; pero la edad

y la decrepitud hacen traidion á sus deseos, y despues de inútiles esfuerzos se rinde y se queda dormido al lado de la hermosa á quien espera un nuevo peligro.

En aquellas costas bárbaras de Ebúdia habia la terrible costumbre de exponer á las jóvenes más bellas á una orca (mónstruo marino) que la devoraba inmediatamente, pagando de este modo un tributo que el cruel Proteo exigia á aquel pueblo. La muerte destruyó la mayor parte de las jóvenes ebúdias, y quedaban tan pocas, que los habitantes exploraban las costas por ver si hallaban alguna mujer hermosa que poder sacrificar al mónstruo. Una de las embarcaciones que navegaban con este objeto pasó por la playa en que yacia Angélica dormida; bajan á ella algunos marinós á cortar leña y trasportados de júbilo ven aquella beldad en los brazos del ermitaño. Carganla de cadenas mientras duerme y la llevan con el ermitaño á su bajel, destinada á perecer devorada por el mónstruo. Ella tan hermosa y por la que tantas caballeros hubieran dado su existencia! Sin embargo, conmovidos aquellos hombres por la celestial belleza de Angélica, ceden á un sentimiento de compasion y diferén su sacrificio mientras les quede alguna otra víctima.

CAPÍTULO V.

De como Rugiero salvó á Angélica y el medio ingenioso de que se sirvió Orlando para matar al mónstruo en la isla del Llanto.



Despues que el hipógrifo elevó á Rugiero por el aire tomó vuelo en direccion al mar; con la rapidéz del rayo corrió más de tres mil leguas, descansando en una roca de una isla desierta. Allí le esperaban nuevas aventuras. Allí vió á Alcina, jóven bellísima, dueña de aquella isla, que habitaba un suntuoso palacib, al que condujo al amante de Bradamanta, no tardando en aprisionarle en sus amorosas redes.

Muy prolijo seria referir la vida ociosa y llena de encanto que pasaba allí Rugiero mientras su amaba buscaba ansiosa los medios

de reunirse con él. Por fin encontró á Melisa y la contó sus desventuras, y entonces la mágica, compadecida de su situación, le pidió el anillo que había quitado á Brunel, y haciéndose invisible por su virtud no tardó en llegar á la isla de Alcina presentándose á Rugiero bajo la forma de Atlante. Reprendióle su conducta, le reconvino por la vida ociosa que arrastraba en aquella isla, le habló de su querida Bradamanta, con quien la encantadora Alcina no podía compararse; por fin Rugiero se avergonzó, manifestando su voluntad decidida de salir de aquella isla encantada y proseguir sus aventuras restituyéndose cuanto antes al lado de su amada.

Así lo hizo en efecto, no sin haber tenido que combatir con los guardias de Alcina que se oponían á su fuga y dejando triste á la ninfa porque se ausentaba. Montó, pues, Rugiero en el hipógrifo provisto del escudo de Atlante y del anillo de Brunel que Melisa le había dado para destruir los encantos de Alcina, y dirigió su vuelo á las costas de Bretaña. En el momento que descendía á la tierra vé á Angélica encadenada en la isla del Llanto (nombre que daban al sitio en que la orca devoraba á las jóvenes.) Angélica había sido expuesta al mónstruo aquella misma mañana y no tardaría en devorarla. Al ver á aquella hermosa, piensa Rugiero en Bradamanta. El amor y la compasión agitan su alma, y moderando el vuelo de su alado corcel, dice á la joven:

— ¡Desdichada hermosa!... no mereces semejante suerte. ¿Qué bárbaro ha osado encadenar ese cuerpo de marfil?

Angélica se prepara á contestar con voz lánguida, cuando un sordo murmullo conmueve las aguas y aparece el mónstruo. Lánzase á su presa y la desventurada Angélica tiembla de espanto sin esperanza de salvarse. Entonces Rugiero enristra su lanza, se dirige al mónstruo y le tira un golpe á la cabeza, pero la roca y el acero no son tan impermeables como su cuerpo. El guerrero espía todos sus movimientos y por ningún medio vé posible su destrucción. Procura un medio más seguro de vencer; vuela hácia Angélica, la pone el anillo de Brunel y espera al mónstruo con firme planta. Se lanza hambriento y furioso sobre el paladín y entonces descubre el escudo encantado y sus luminosos rayos hieren á la orca. Va á lanzarse sobre ella para clavarle su espada y Angélica exclama:

— ¡Por piedad, señor, desatadme antes que despierte el mónstruo y me devore!

Enternecido por sus lamentos rompe las cadenas y la coloca en el hipógrifo. En el mismo instante el corcel hiende los aires y la orca se ve privada de manjar tan delicado.

Cuando ya se hallan fuera del sitio fatal y del alcance del mónstruo, Rugiero se enciende en amorosos deseos; se despoja de su armadura y quiere abrazar y besar el cuello de la hermosa, pero ella

con el anillo se hace invisible y desaparece á la vista del enamorado mancebo, que patea y rabia desesperadamente mientras ella monta en una yegua que encuentra y se dirige á Oriente. Sostenido Rugiero con la esperanza de volverla á ver, la espera largo rato hasta que por fin conoce que no volverá y se dirige al árbol donde ató al hipogrifo; pero éste habia volado dejándole solo. Desesperado por este contratiempo coge sus armas y escudo y se dirige por un bosque estrecho y sombrío, donde á pocos pasos que dá siente un ruido profundo y vé á un guerrero que está combatiendo con un gigante. Contempla aquella lucha y permanece pasivo sin prestar auxilio á ningun combatiente. De pronto descarga el gigante su maza sobre el guerrero y este cae sin sentido. Lánzase sobre el gigante para cortarle la cabeza y Rugiero distingue en el guerrero á su amada Bradamanta. Fuera de sí acomete al gigante; éste se apodera de la jóven, carga con ella, huye por una estrecha senda y Rugiero los sigue corriendo con todas sus fuerzas; mas los grandes pasos del gigante le alejan cada vez más y el jóven se desespera.

Pero volvamos á Orlando. Siempre corriendo en busca de Angélica habia llegado á la isla de Ebúdia donde, como sabe el lector, se ofrecian á la orca las mujeres más hermosas. Al llegar allí oye gritos lastimosos, se vuelve y vé á una jóven desnuda más hermosa que el sol atada á un árbol. El mar se conmueve y las olas vomitan al mónstruo. Este se dirige á la víctima, y Orlando, sin perder su serenidad, le espera con mirada altiva y provocadora. Para ejecutar su proyecto dirige el esquife y se coloca entre la orca y su víctima dispuesto á salvarla. Sin desenvainar la espada se apodera del áncora y cable y espera al animal. La orca abre la boca para tragarle y Orlando se precipita dentro. Al cerrar el mónstruo la boca el guerrero coloca el áncora entre la lengua y el paladar y la impide cerrarla. La orca dá saltos y Orlando cree ser lanzado á las nubes; pero aprovecha un momento y sale al esquife; sujeta el cable y marcha á tierra con la otra punta. Una vez en terreno firme, tira y la trae á la playa; entonces saca la espada, penetra en la boca de la orca, donde cabe un hombre á caballo y empieza á dar estocadas hasta que la orca desangra, y poco despues lanza un bramido aterrador y el último suspiro. Libre ya desata á la jóven, y en esto llega Oberto rey de Irlanda; se descubre á Orlando y al ver la belleza de la jóven Olimpia, sus encantos y perfecciones, la ofrece su mano y la destina á ser reina poderosa. En un instante penetra el amor en los carazones y las devora con un fuego activo.

Durante este tiempo los isleños que han visto la muerte de la orca toman aquella noble empresa como una profanacion y todos juntos acometen á Orlando; pero este no tarda en abrirse paso con su espada y embarcarse con Olimpia y Oberto. Al llegar á las costas

se vé precisado á despedirse de ellos, porque no viendo á su dama el amor le obliga á buscarla. Al cabo de mucho tiempo llega á Francia por ver si la encuentra. Intérnase en un bosque donde ve correr á un caballero llevando una jóven cuyas facciones no le queda duda ser las de Angélica. Excitado vivamente por este encuentro corre tras el caballero hasta que llegan á una pradera, en la cual se eleva un magnífico palacio. Penetran en él los fugitivos, y Orlando, ciego de furor, penetra tras ellos; pero ya dentro no ve á nadie ni percibe ninguna voz. Recorre todas las habitaciones y encuentra á Ferragus, Gradasse, Sacripante y Rugiero, conducidos allí como él por los encantos del mágico Atlante, que para atraerlos se había servido del modo indicado. Poco tiempo después Bradamanta supo por Melisa la prision de Rugiero; pensó salvarle y cayó en el lazo lo mismo que su amante y en el mismo sitio.

Angélica, después de haber recorrido una porcion de países auxiliada por el anillo mágico, llegó á este mismo palacio. Al verla Orlando se encaminó tras ella y aun creyó oír que le pedia socorro desde una ventana. La misma voz atrajo á Sacripante y Ferragus y la hermosa se vió rodeada de sus tres amantes; pero teniéndolos todos juntos se hizo invisible por el poder del anillo; ellos la siguieron creyendo encontrarla.

Mas al llegar á cierta distancia se para Ferragus y quiere impedir que sus compañeros pasen adelante. Les provoca y, como ya sabemos, no lleva casco en la cabeza por habérsele caído al río. Desprecia Orlando sus amenazas y le dice:

—Si tuvieras cubierta la cabeza te castigaria como corresponde y como mereces.

—Sabe, le dijo el sarraceno, que he jurado no gastar otro casco que el que lleva Orlando sobre su cabeza, y lo cumpliré.

—Mientes, miserable, replica Orlando fuera de sí. Yo te probaré que no eres capaz de semejante cosa. Yo soy ese Orlando de quien hablas y ahora veremos si cumples tu juramento.

Orlando cuelga su casco en la rama de un árbol y habiendo quedado igual que su enemigo se arrojan uno sobre otro espada en mano como lebreles irritados.

Sacripante se aleja por ver si encuentra á Angélica mientras los otros dos guerreros están distraídos; pero Angélica está presenciando el combate.

Conmovida por los rudos golpes que ambos se asestan, cree que arrebatando el casco, origen de aquella lucha, cesará el combate, y, en efecto, lo arrebató y se aleja. Los guerreros lo echan de menos, suspenden el combate y creen que Sacripante ha sido el ladrón.

En esta inteligencia se dirigen los dos á buscarle; Orlando se interna en el bosque y Ferragus se va por otro lado. Al llegar á una

pradera donde hay una fuente ve á Angélica con el casco de Orlando. Le reconoce la joven al mismo tiempo y se hace invisible para huir de él. Solo deja al sarraceno el casco de Orlando, cuya adquisición disminuye su dolor, y se va en busca de nuevas aventuras.

Orlando, para no ser conocido, se cubre con el primer casco que halla á mano sin reparar si tiene buen temple. Oculto á todas las miradas continúa día y noche haciendo investigaciones sin que le arredre nada. Al despuntar la aurora llega Orlando á las cercanías de París y da nueva prueba de valor. Encuentra dos escuadrones de sarracenos mandados uno por Manillardo, rey de Noricia; otro por Alcirde, rey de Tremesin, ambos acampados alrededor de París y sus poblaciones adyacentes.

Hacia algunos meses que Agramante estaba acampado delante de aquella plaza y se había decidido á dar un asalto, reuniendo un número considerable de moros y africanos de Marsilio y los franceses que tenían asalariados. Los reyes de Tremesin y de Noricia se dirigian al sitio indicado para la revista general cuando Orlando los encontró por casualidad.

Sorprendido Alcirde por su porte y aire formidable sospecha que tiene ante su vista á un caballero ilustre. Joven, presuntuoso é impaciente arde en deseos de probar su valor; adelanta su caballo y desafía á Orlando.

Le hubiera valido mas quedarse á la cabeza de su tropa, porque el conde le arrojó del caballo con el corazon traspasado: éste, libre del freno, huyó por el campo relinchando de espanto. Los sarracenos lanzan un grito terrible, y llenos de furor hacen llover los dardos y las flechas sobre la cabeza de Orlando.

— ¡A él, á él! exclaman todos golpeando su coraza y broquel.

Unos le sacudian golpes de maza por la espalda, otros le hostigaban por los costados y los más valientes le atacaban de frente; pero Orlando era inaccesible al terror. Desprecia aquella turba vil, esgrime su terrible espada y decir el número de sarracenos que inmoló sería difícil.

La sangre enrojece el suelo y el camino se obstruye con los cadáveres. Por todas partes ruedan piernas, brazos, cabezas; por todas partes resueñan los gritos de los heridos. Los que más se habían adelantado creen vencer fácilmente á un hombre solo, pero son los primeros en huir y ninguno de ellos osa fijar en él la vista, excepto el rey de Noricia. Es un anciano á quien la edad ha helado su sangre, pero que no ha perdido nada de su valor. Prefiriendo la muerte á una fuga ignominiosa hace astillas su lanza en el escudo de Orlando y ni siquiera logra conmoverle; da á pasar un maudoble á Manillardo; pero la fortuna aparta el cruel acero y el anciano rey queda sin sentido.

Orlando derriba, corta y hiende todo lo que se le presenta hasta dejar muerto al último enemigo.

No conociendo el camino, su ánimo está resuelto, pues teme alejarse de Angélica, y andando á la ventura como un insensato llega al pie de una montaña.

Dejémosle marchar mientras huye Angélica y encuentra á un jóven herido, del cual hablaremos despues. Referiremos lo que aconteció á Astolfo, jóven guerrero primo de Reinaldo.

CAPITULO VI.

Combate del paladin Astolfo con Orrilio.—Amores de Angélica con el moro Medor.—Celos y locura furiosa de Orlando.



ra el jóven Astolfo aficionado á viajar en busca de aventuras peligrosas. Deseando saber el número de brazos de que se compone la embocadura del Nilo, se dirige á Damietta, á pesar de haber oído decir que todos los viajeros que siguen semejante camino se exponen á perder la

vida. Al lado opuesto de aquel puerto vive un bandido llamaba Orrilio, terror de los peregrinos y habitantes de aquellas cercanías; pero Astolfo, decidido á acometer aquella aventura, atraviesa á Damietta y avanza hácia la embocadura del Nilo. En aquella ocasion estaba Orrilio, pues era hijo de una mágica y un duende, combatiendo con dos caballeros, Grifon el blanco y Aquilante el negro, que apenas pueden resistirle. Varias veces han atravesado los caballeros el cuerpo de su adversario sin conseguir quitarle la vida. Sus brazos y piernas caen por el suelo y los pega otra vez en su sitio como si fuesen de cera. Grifon y Aquilante le han dividido la cabeza varias veces; pero se vuelven á unir las dos partes y el gigante se sonríe. Los caballeros se irritan. Si le cortan la cabeza la busca á tientas, la coje y la fija en sus hombros como si la clavara. Si consiguen arrojarla al rio, Orrilio, que es excelente nadador, se sepulta en las aguas y vuelve á salir sano y salvo.

Dos damas vestidas con magnificencia presenciaban aquel combate. Eran las hadas protectoras de Grifon y Aquilante.

Orrilio regresa á su torre porque las dos hadas han querido suspender el combate hasta la vuelta del sol. Reconocen los dos hermanos al caballero Leopardo, tal es el nombre que lleva Astolfo en Inglaterra, y le reciben con regocijo, siendo conducido al palacio de las hadas, donde les sirven exquisitos manjares y tiene lugar un espléndido banquete.

Astolfo posee un libro maravilloso en el que ha leído que la vida de Orrilio depende de un cabello colocado en la parte superior de la cabeza; una vez cortado, el bandido morirá; mas no enseña el libro el modo de distinguirlo y todos son iguales en la espesa melena de Orrilio. El caballero inglés se propone conseguir la victoria si le permiten pelear, y Aquilante y Grifon le ceden el puesto persuadidos que se cansará inútilmente.

Al despuntar la aurora baja á llanura armado con una maza; Astolfo se sirve de la espada y empieza una lucha terrible. La mano y maza del monstruo, su brazo derecho y el izquierdo caen alternativamente á tierra; tan pronto le atraviesa el caballero inglés de parte á parte como le tira tajos espantosos, hasta que un terrible mandoble hace volar la cabeza del gigante. Entonces el paladin se apea ligero del caballo y coje la cabeza eusangretada, vuelve á montar y parte al galope, mientras que Orrilio busca á tientas su cabeza. Cuando ya se halla Astolfo á una distancia bastante larga para que el gigante no le pueda alcanzar, examina la cabeza y busca entre los cabellos el que encierra la vida del gigante; pero como todos son iguales es imposible conocerle; tomando la cabeza por la nariz la despoja en un momento de su cabellera. Quédase al momento pálido y lívido el rostro del gigante; cierranse sus ojos y cae el cuerpo inmóvil y sin vida. Este triunfo de Astolfo no satisfizo enteramente á Grifon y Aquilante, porque una secreta envidia se lo impedía; así fué que no tardaron en separarse pocos dias despues. Astolfo, para continuar sus aventuras y viajes, y los dos hermanos para dirigirse á la ciudad de Damasco.

Dejemos á uno y á otro proseguir su camino y volvamos á Angelica á quien hemos dejado al lado de un jóven herido.

Este era el moro Medor. Jamás la naturaleza pudo complacerse de haber formado una criatura más perfecta. Acababa de ser herido de un lanzazo en una batalla con los escoceses y yacía en tierra desangrándose cuando la hermosa Angélica llegó á su lado. Se apoderó de ella una dulce compasion, y el estado y narracion del jóven la conmueven más aun. Angélica conoce la cirujia, y resuelta á salvar al jóven sarraceno recuerda haber visto en la pradera algunas plantas cuyo jugo restaña la sangre y calma los dolores de las heridas. Corre

á cojerlas y vuelve al lado de Medor. En el camino encuentra á un pastor que busca una ternera que se le ha perdido y lo lleva al sitio donde yace el herido; ayudada por aquel hombre exprime entre dos piedras las yerbas y derrama su jugo en la herida del jóven. Este remedio hace recobrar algunas fuerzas á Medor y le permite montar en el caballo del pastor y ser conducido á su cabaña.

Angélica en cuyo corazon ha clavado el amor un dardo punzante sigue al jóven y quiere permanecer en la cabaña hasta su completa curacion. La consume un mal cada vez más terrible, pero olvida su propio padecimiento y solo se ocupa del hombre á quien quiere salvar. A proporcion que la herida del moro se va cerrando se abre y empeora la que Angélica tiene en el corazon. Medor recobra la salud y Angélica se va desmejorando. Ya no puede aguardar á una declaracion apasionada, y desdeñando las leyes del pudor, con voz atrevida y audaz mirada solicita la curacion de su mal.

¡Oh, cuán cruel seria para Orlando, Sacripante, Agrican, Ferragus y otros mil de los leales y valientes adoradores de Angélica á quienes es deudora de tantos sacrificios verla arrojar en los brazos de Medor!

Sin embargo, para ocultar en parte su debilidad, celébrase la ceremonia del matrimonio bajo el techo rústico de la cabaña, y durante un mes se entregan ambos esposos á los más dulces trasportes. En la cabaña, en los árboles, en la dura roca graban con la punta de un cuchillo la cifra de sus nombres entrelazados. Todos aquellos objetos se convierten en testigos de su felicidad.

Despues de haber permanecido allí algun tiempo resuelve Angélica marchar á la India para ceñir á las sienes de su esposo la corona de Cathay. En efecto, al día siguiente parten felices y enamorados. Mas al marchar por el camino de Barcelona vieron cerca de la costa á un hombre, cuyo rostro, pecho y espalda estaban salpicados de sangre y polvo, el cual al verlos, se arrojó sobre ellos como un perro de presa.

Pero volvamos al enamorado Orlando, á quien hemos dejado buscando á su querida Angélica.

Al cabo de muchos dias de un itinerario desordenado llega por fin á un sitio frondoso por el que serpentea un manso arroyuelo. La frescura de aquel sitio le convida á tomar descanso. Apéase de su corcel y se sienta al pié de un árbol; pero, ¡oh dolor, oh día cruel para el infortunado paladin! Apenas ha levantado la cabeza cuando ve cifras grabadas en la mayor parte de los árboles; los examina con más atencion y pronto se convence que están hechos por mano de la mujer que adora. El conde lee en mil partes las cifras de Angélica y Medor y cada letra es un puñal que le atraviesa el corazon. Quiere dudar y penetra en su alma un rayo de esperanza; pero cuanto más

procura apartar de sí tan crueles sospechas, más piensa en ellas hasta que mil ideas tumultuosas agitan su cerebro. Se aproxima á una roca que forma una especie de gruta y allí, más que en ninguna parte, encuentra aquellas cifras fatales. También hay versos trazados por la mano de Medor; en ellos pinta la dicha y felicidad que Angélica le proporciona.

El desdichado lee repetidas veces aquellos renglones acusadores y se queda inmóvil, silencioso; alterase su voz y se extravía su mirada; su corazón está próximo á abandonarle. No obstante; vuelto en sí con la tenacidad peculiar al desgraciado, procura persuadirse de que estos versos son una mentira, y esta débil esperanza anima su ardor y valentía; vuelve á montar en su corcel en el momento que la noche extiende sus opacas sombras.

A poco rato llega á una cabaña inmediata y echando pié á tierra confia su caballo á un muchacho y los habitantes de aquel albergue le rodean solícitos y obsequiosos; uno coje sus armas, otro descalza las espuelas y un tercero limpia su coraza. Precisamente era aquella la cabaña donde habian permanecido Angélica y Medor.

Entregado Orlando á su dolor no quiere tomar alimento y permanece triste y silencioso. Entonces el pastor, enteruecido de verle en aquel estado, procura consolarle y le refiere la historia de los dos amantes y enseña al conde un brazaletes de diamantes que la reina de Cathay le dejó en recompensa de sus servicios y hospitalidad.

Ante esta prueba irrecusable el conde no puede dudar y este golpe terrible acaba de hacerle perder la razón. Quiere ocultar su desesperación, pero no puede contener sus sollozos y sus lágrimas: cuando el pastor se retira el desgraciado se entrega á su dolor y profunda amargura.

Se acuesta en el lecho que le habian preparado y no cesa de gemir y agitarse; mas de repente le ocurre la idea terrible de que en aquella cama habrán dormido Angélica y Medor, y como si hubiera sido picado por una serpiente se levanta de un salto. Coje sus armas sin avisar á nadie y sin aguardar á que venga el día, monta en su corcel y se dirige por las sombrías revueltas del bosque.

Al salir el sol vuelve casualmente la cabeza al sitio en que grabara Medor aquellas líneas fatales y al ver su baldon inscrito en la piedra se entrega sin límites al odio y al furor. Empuñando su espada hace pedazos la inscripción y la roca. Luego arroja al arroyo los troncos de los árboles en que están grabados aquellos odiosos nombres, hasta que desaparecen todos los vestigios del amor de Angélica, y, por último, bañado en sudor cae en la pradera y levanta su vista al cielo. Así permanece tres dias; al llegar al cuarto pierde completamente el juicio. Hace pedazos su cota de malla, arroja su casco, arráncase sus vestidos y descubre sus hombros. Sin hacha, sin espada

y dotado de una fuerza prodigiosa arranca los pinos mas corpulentos y los echa lejos de sí. Asustados los pastores abandonan sus ganados y corren á ver qué es lo que produce aquel inusitado estrépito. Al ver las pruebas de la prodigiosa fuerza de aquel insensato empiezan á huir; pero Orlando les persigue. Coje á uno y le arranca la cabeza, sujeta luego el cadáver por una pierna y se sirve de él como de una maza para pegar á los demás; caen dos en tierra para dormir un sueño eterno y los demás huyen llenos de pavor.

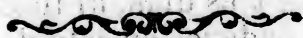
Trabajo les hubiera costado evitar el alcance del loco á no haberse echado sobre sus rebaños. Con los puños, dientes y uñas hace pedazos los bueyes y los caballos: aterrados los labradores abandonan sus boses y harados y huyen llenos de espanto.

La noticia de aquel desastre llega á los pueblos inmediatos y millares de aldeanos bajan armados con orcas y hondas para atacar á Orlando. Los primeros que se acercan caen reventados, y otros diez sufren la misma suerte. Los restantes juzgan prudente mantenerse á cierta distancia.

Viendo los aldeanos la inutilidad de sus esfuerzos se retiran, y Orlando sigue su camino sin obstáculos. Atormentado en medio de su delirio por el hambre, coje con las uñas todo lo que encuentra crudo ó cocido y sigue vagando por la comarca cazando hombres, y animales, persiguiendo los cabritos y ganados. Andando continuamente llega al camino de Barcelona y la casualidad hace que encuentre á la hermosa Angélica y á su esposo (1). Huye esta llena de terror y se refugia en brazos de su esposo; mas apenas el loco la ve, se precipita sobre ella aunque sin conocerla. Orlando da un puñetazo al caballo de Medor y lo mata; sigue tras de Angélica persiguiéndola por todas partes. Pero la reina de Cathay se mete el anillo en la boca y desaparece. Monta el conde de Angers en el caballo de Angélica sin reparar que esta ha desaparecido y le hace galopar muchas millas seguidas hasta que le mata de cansancio. Despues continúa haciendo locuras, robando los caballos que encuentra cuando se le ha muerto el que tenía y matando á sus dueños.

La hermosa Angélica despues de librarse del furor de Orlando, se reunió á su esposo, embarcándose para su patria y compartiendo el trono con él para entregarse pacíficamente á las delicias de su amor.

(1) Este era el hombre á quien habian encontrado.



CAPITULO VII.

Astolfo cura la locura de Orlando. — Astolfo toma parte en el sitio de una ciudad. — Combate singular.



asado mucho tiempo Orlando continuó vagando por los campos y haciendo locuras terribles sin que la noticia de su estado llegase á oídos de nadie.

Pero ya os acordareis de aquel Astolfo que venció al gigante Orrifo, cortándole un cabello que le hacia invulnerable. Este valeroso paladin encontró al hipócrifo cuando le perdió Rugiero.

Montó en él, y enardecido el animal por verse contrariado en sus instintos de libertad, remontó su vuelo hasta llegar al círculo de la luna.

Al verse allí se apeó, sujetó al hipógrifo y estando en esta operacion oyó una voz que le dijo:

— «Sin duda ignoras lo que ha pasado en Francia desde que estás recorriendo el mundo. Sabe pues, que por haber olvidado Orlando su deber ha sido castigado con tanta mayor severidad cuanto que el Eterno castiga con mas severidad á sus hijos mas queridos. Orlando que fué dotado al nacer de una fuerza sobrenatural y de gran valor, que soio él entre los hombres recibió la preciosa cualidad de ser invulnerable; Orlando que debia ser el escudo de la fé cual Sanson fué salvador de los hebreos, se ha mostrado un ingrato. Abandona á los mismos á quienes debiera defender, y poseido de un amor criminal hácia una infiel, dos veces ha querido en su furor quitar la vida á uno de sus primos. Para castigarle ha permitido Dios que privado de razon ande vagando completamente desnudo, sin conocer á nadie y olvidándose de sí mismo. Nabucodonosor sufrió en otro tiempo un castigo semejante. Durante siete años vivió aquel en medio de los rebaños alimentándose como ellos de yerbas. Siendo menos el crimen de Orlando que el de Nabucodonosor fija Dios la duracion de su castigo solo por tres meses. El Señor te envía aqui para que sepas el medio de volver al paladin su razon extraviada; pero tendrás que

hacer un viaje conmigo para encontrar el remedio. Sígueme.»

En efecto, aunque sorprendido y confuso, echa á andar Astolfo y caminó largo rato hasta llegar á una montaña elevada donde habia una porción de frascos de diferentes tamaños y el más grande tenia un rótulo que decia.

"JUICIO DE ORLANDO."

Astolfo se apoderó del frasco y entonces la voz le dijo que su misión estaba cumplida y podia volver á la tierra donde su presencia era necesaria sobre todo al desgraciado conde de Angers.

Hizolo Astolfo como se le ordenaba y llegó á una playa donde se encontraban varios guerreros, entre ellos Dudon y Brádimarte, cuñado de Orlando, que acababan de atravesar un bosque africano y se disponian á salir para el sitio de Biserta. Manda Astolfo que les preparen un banquete espléndido; les procura armas y provee todas sus necesidades.

Mientras está hablando con ellos resuena un rumor espantoso; se da la alarma de un modo terrible y llega el tumulto á su colmo. Se apresuran todos los paladines á cojer las armas, montan en los caballos y llegan al paraje en que resuena el estrépito. Entonces ven á un hombre que, solo y completamente desnudo, hace huir á miles de soldados derribando un hombre á cada golpe de su maza dura y pesada. Ha tendido en el suelo más de cien victimas. Nadie se atreve á aproximarse á él y solo algunos arqueros le disparan flechas. El insensato va pegando palos al lado suyo y se abre ancho paso.

— ¡Es el conde!... exclama Astolfo que apenas puede reconocerle. ¡Aquí teneis á Orlando! repite.

Al verle en tan miserable estado se sorprenden y enternecen. Todos derraman lágrimas...

— No se trata ahora de llorar, exclamó Astolfo. Pensemos en curarle.

Y diciendo esto se acerca á Orlando seguido de sus compañeros, le rodean y procuran contenerle.

El duque, aunque sorprendido, se defiende como un leon, y en vano Dudon, que es el que está más cerca, se cubre con su escudo para parar los terribles golpes que descarga. Sin embargo, aun así es tan fuerte el choque que el paladin queda tendido en el suelo. Rómpele un pedazo del palo y Brandimarte cojea á Orlando por detrás y le oprime vigorosamente mientras que Astolfo le sujeta las piernas. Orlando forcejea furiosamente y hace rodar á Astolfo á mas de diez pasos. Levántase el duque con la cara hinchada, busca otro medio para dominar á Orlando y le pone en práctica inmediatamente.

Coje algunas cuerdas fuertes en cuyos extremos hace lazos corre-

dizas y con ellos consigne atar y sujetar las piernas y los brazos de Orlando enlazando el resto de su cuerpo. Cada paladin agarra el extremo de una de las cuerdas y tiran en el suelo al loco como si fuera un buey ó un caballo. En cuanto cae en tierra se arrojan sobre él y le atan fuertemente de pies y manos. Astolfo, que cuenta con la seguridad de curarle, le carga en hombros del vigoroso Dudon y le llevan á la orilla del mar. Allí se apresuran á meterle en el agua siete veces consecutivas y le frotan el cuerpo y el rostro: luego le tapa Astolfo la boca con ciertas yerbas, de modo que solo puede respirar por la nariz destapando en seguida la redoma que contiene el juiicio del paladin, se la coloca en la nariz y le obliga á aspirar su contenido. ¡Oh, admirable prodigio! el conde recobra al momento su perdida razon y renace su inteligencia más luminosa y más brillante que nunca.

Entonces Orlando vuelve en sí como si despertara de un letárgico y pesado sueño, se admira de todos los objetos que le rodean y se avergüenza de hallarse en aquel estado de desnudez. Pide que le desaten y sus amigos viendo que su aspecto indica la tranquilidad de su espíritu, le presentan un traje suntuoso y le hacen olvidar su humillacion y su locura. Al recobrar la razon, lleno de prudencia y fuerza se siente ya libre del funesto amor que le subyugara. La mujer cuyas gracias admiraba le parece un sér veleidoso y envilecido; solo experimenta el deseo de reparar el perjuicio que el amor hiciera á su fama.

Al dia siguiente da á la vela la flota de Dudon para las costas de Provenza. Instruido Orlando de los proyectos de Astolfo no quiso aceptar el mando supremo que le ofrecia el generoso inglés, y le exhorta á que dé el asalto de Biserta antes de que pueda ser socorrida, exclamando que ya es tiempo de impedir á aquellos villanos que vuelvan á empezar sus ataques.

En efecto, todo el ejército debía estar pronto para el amanecer del tercer dia. Los bageles que Astolfo se habia reservado eran confiados á Sansonet, que debía echar el ancla á una milla del puerto. Los guerreros cristianos, siguiendo las practicas piadosas, ayunarán y se dedicarán á la oracion, marchando todos á la primera señal sobre la ciudad, que entregada al pillaje y al incendio será destruida hasta los cimientos.

Obedeciendo luego las órdenes de su jefe los parientes y amigos se reunen para entregarse á los placeres de una buena comida que ha de restituirles las fuerzas perdidas por el ayuno y despues se abrazan, como suele hacerse en el momento de una separacion larga.

Los defensores de Biserta tambien hacen oracion; se golpean el rostro é imploran á su profeta; le ofrecen altares, estatuas y templos si libra á la ciudad de los enemigos, y bendecidos por los sacerdotes

de Mahoma, toman las armas y se sitúan en las murallas. No habían amanecido aun cuando Astolfo y Sansonet dieron sus últimas disposiciones. Hizo Orlando la señal convenida y el asalto se hizo general al momento.

El mar bañaba parte de la ciudad y el resto de las murallas se prolongaba tierra adentro; estas eran sus únicas fortificaciones. Ordena Astolfo á sus soldados que arrojen nubes de flechas, dardos y piedras á las almenas para apartar á los defensores de la ciudad á fin de que al retirarse puedan los infantes y ginetes avanzar hasta el pié de las murallas llevando materiales para cegar los fosos y máquinas de guerra.

Los tres guerreros cristianos Astolfo, Orlando y Oliverio dan entonces la señal de asalto. Inflamados los soldados de Astolfo por la esperanza del saqueo que les han prometido olvidan el peligro, y empuñando sus armas y escudos empujan con fuerza los arietes que han de servir para destruir la murallas ó arrancar las puertas.

Los sarracenos se defienden con el acero, el fuego y los escombros de las murallas que impiden á las máquinas obrar libremente. La resistencia se prolonga y los sitiadores sufren pérdidas considerables; pero al salir el sol el día siguiente la fortuna se muestra adversa á los sarracenos. Orlando hace avanzar nuevos soldados, y Sansonet que ha permanecido fuera del puerto con sus buques, entra en él, y ataca con el arco y la onda. Despues se fijan escalas y los marineros suben por ellas pertrechados con todas las armas necesarias.

Orlando, Oliverio, Brandimarte y Astolfo mandan cuatro divisiones y dan un ataque simultáneo en cuatro puntos diferentes, rivalizando todos en valor. Llevan varias torres rodadas y otras colocadas en el lomo de los elefantes que son mas altas que las almenas. Aproximase entonces Brandimarte, fija una escala al pié de las murallas y da el ejemplo á los soldados llamandolos para que le sigan. Los más intrépidos se lanzan tras él sin calcular si la escala podrá resistir el peso de tantos hombres. Ya llegado Astolfo á las almenas y salta la muralla precipitando de ella los moros á quienes no mata su espada; pero en el momento en que está haciendo prodigios de valor se rompe por la mitad y caen al foso cuantos subian por ella.

No retrocede aunque se queda solo. En vano llueven sobre él toda clase de armas arrojadizas, en vano le gritan sus compañeros que se vuelva atrás; desde lo alto de las murallas da un salto de más de treinta brazas sin hacerse el menor daño.

En seguida hiere, traspasa y parte por medio á los que oponen resistencia; todos huyen ante él, mas sus compañeros temen llegar demasiado tarde para socorrerle. Oliverio, Orlando y los demás guerreros, sabiendo que el menor retraso puede serles fatal, fijan á porfía varias escalas y rivalizan en valor. Su solo aspecto inspira miedo á

Los sarracenos. Los arietes no cesan de golpear la muralla con tanta fuerza que las brechas permiten á los sitiadores que acudan á auxiliar á Bradimante, llevándolo todos á sangre y fuego y causando la ruina de aquella ciudad poderosa con el asesinato, el saqueo y todos los excesos imaginables. El suelo está sembrado de cadáveres, corre la sangre y el fuego se extiende de unos edificios á otros devorándolo todo. Se oyen los lamentos de los heridos, y despues se retiran los vencedores cargados de botin.

Al saber el rey moro la ruina de Biserta queria darse la muerte; pero Sobrino, su consejero, le propuso como más prudente para su bien y el de su pueblo que desafiara á Orlando, persuadido de que si lograban vencerle huirian los soldaos cristianos y seria suya la victoria, más grande quemás jase habia podido imaginar.

Agramante accedió á la proposicion, y habiéndola participado á Gradasse, rey de Siricania, le dijo:

—¿Y qué, de nada sirve mi valor y mi brazo para que no te acompañe en esa empresa? Es preciso que tome parte en la lucha.

—Y yo tambien, exclamó Sobrino á pesar de su avanzada edad.

Agramante abraza á ambos guerreros al oir esta decision, y al dia siguiente envía un heraldo con el encargo de provocar á Orlando y otros dos paladines á un combate singular, designando para sitio á Lampedusa, isia situada en medio del mar de Africa.

El reto de Agramante llenó de júbilo á Orlando y su ejército y para manifestarlo colmó al heraldo de regalos. Habia resuelto ir á buscar á Gradasse al Corazon de la India con objeto de apoderarse de su espada Durandal que le habia sido robada por él, así como su famoso caballo brida de oro, de modo que la fortuna no podia mostrasele más propicia. Eligió por segundos á su cuñado Oliverio y Bradimarte, cuya lealtad y valor le eran bien conocidos.

Cuando Orlando y sus dos compañeros se hallaban provistos de armas y bien equipados, se dan á la vela dejando el mando del ejército á Astolfo y Sansonet. Impulsados los tres paladines por un viento favorable tardan poco en describir la isla en que ha de empenarse el combate.

Orlando, seguido de Brandimarte y Oliverio, hace levantar sus tiendas al oriente de la liza. Agramante se sitúa al lado opuesto; pero como el dia está ya bastante avanzado, convienen en dejar el combate para el siguiente.

Al aproximarse la noche se acerca Brandimarte al rey moro y le aconseja que antes de exponer su vida se convierta al cristianismo y le serán devueltos los reinos que le han ganado los cristianos. Pero Agramante no consiente y rehusa las proposiciones de Brandimarte, retirandose á su tienda.

A los primeros albores del dia se arman los guerreros, montan á

caballo y sin pronunciar una palabra enristran las lanzas y se atacan. En el primer choque se hacen pedazos las lanzas. Gradasse alcanza al codo y el vigor de su caballo parece darle ventaja: el audaz corcel se arroja sobre el de Orlando y le derriba. En vano procura levantarlo excitándole con la espuela: viendo que sus esfuerzos son inútiles le abandona, desenvaina la espada y se cubre con su escudo: Agramante y Oliverio se encuentran sin hacerse daño y Brandimarte saca de la silla á Sobrino sin que pueda decirse si esta caída fué á consecuencia del golpe ó por la debilidad de su caballo.

Entonces el cristiano no quiere atacar tan ventajosamente al anciano guerrero y se adelanta contra Gradasse, que acababa de dejar desmontado á Orlando. Viendo el conde á Brandimarte que pelea ventajosamente con el rey de Sericania, busca otro adversario y encuentra á Sobrino, el cual al verle llegar reúne todas sus fuerzas para recibirle; pero á pesar del doble forro de acero que tiene el escudo le atraviesa la espada y penetra hasta el hombro causándole una herida terrible. En vano procura el sarraceno contestar á tan terrible golpe; tírale Orlando otro mandoble, el rey se echa atrás, mas no con la presteza necesaria para evitar que la punta de la espada atravesase su casco y cae en tierra sin sentido. Creyéndole muerto corre Orlando á auxiliar á Brandimarte, sobre el cual obtiene Gradasse una pequeña ventaja. Al verificar este movimiento ve pasar á su lado al caballo de Sobrino, monta en él presuroso y se dirige contra el rey de Sericania. Este, al ver al conde, deja á Brandimarte y se lanza á su encuentro tirándole una estocada que le penetra hasta la carne. El conde contesta con otra y atraviesa el escudo y la cabeza de Gradasse y aun los arneses del caballo.

El rey de Sericania, herido por primera vez en su vida, derrama sangre por tres partes. Si Orlando se hubiera hallado más cerca al tirar el mandoble hubiera partido á Gradasse por el medio. Brandimarte permanece en medio de la liza para acudir al auxilio de uno u otro de sus compañeros. En aquel momento recobra Sobrino el sentido, se levanta y á pesar de los dolores que sufre se aproxima silenciosamente á Oliverio que pelea con Agramante y corta los corvejones á su caballo y cae al suelo con el jinete cogiéndole debajo el pié derecho. Sobrino pega otro mandoble en la cabeza de su enemigo, pero el acero no atraviesa su casco. Lánzase Brandimarte hacia Sobrino, le pega en la cabeza y le derriba. El anciano se vuelve á levantar y se dirige á Oliverio para matarle, pero este le rechaza con la espada y le obliga á mantenerse á alguna distancia de él.

Brandimarte pelea ahora con Agramante, el cual le lleva ventaja en las armas por ser de mejor temple. Herido Brandimarte por el rey de Africa y por Gradasse, no por eso deja de dar á su adversario una estocada en el brazo izquierdo y roza la mano derecha, hasta que le

coje por el cuello, le desata el casco y va á hundirle su daga en la garganta. Nóvalo Gradasse, acude á su socorro y mientras Brandimarte está distraído le da un golpe y le parte el cráneo.

Entonces Orlando se dirige á Agramante y de un tajo hace rodar su cabeza por el suelo. En seguida se dirige al altanero Gradasse y le atraviesa de parte á parte por el costado. Olvidando el conde su gloriosa victoria se apea y se acerca llorando á Brandimarte, el cual espira á poco rato. Sobrino yace en tierra desangrándose y Oliverio necesita que Orlando le auxilie para sacar su pie medio de concertado, tirando de la desgraciada muerte de Brandimarte la alegría de aquella señalada victoria.

CAPITULO VIII.

Astolfo destruye el castillo encantado. — Aventuras de Rugiero y su matrimonio con Bradamanta.



oco estaba aun Orlando vagando por los montes y las florestas, cuando Rugiero y Bradamanta, merced al encanto del magico Atlante, se hallaban presos en el castillo de que hemos hablado y en donde ninguno de los dos podia reconocer al otro. Asi hubieran continuado cautivos toda la vida á no ser por Astolfo que conocia aquel secreto por un libro que una mágica le regaló en la India, y se propuso destruir el encanto.

En efecto, las murallas del castillo cayeron por tierra y las torres desaparecieron dejando libres á las damas y caballeros que allí se hallaban. Entonces Rugiero y Bradamanta se reconocieron y abrazaron. ¡Oh, cuánto sienten haber perdido tantos dias en inútiles pesquisas!

La sensible Bradamanta, más enamorada que Rugiero, le incita á que vaya al duque su padre y la pida por esposa; pero antes es necesario que se haga cristiano.

— ¡Ah, por tí me arrojaría á las llamas y arrostraría la furia del mar embravecido! respondió su amante; ordena y te obedeceré.

Decidido á recibir el bautismo con el objeto de reunirse á Bradamanta, déjase guiar por ella á la abadía de Varlombreuse, monasterio rico, célebre por la piedad de sus religiosos y por la generosidad que dispensa á los peregrinos. Pero sin duda la casualidad, que se com-

place en destruir las más lisonjeras esperanzas, quiso retardar por algún tiempo el suspirado enlace de los dos jóvenes.

Separóse Rugiero de Bradamanta después que dió muerte á Pinabel y durante mucho tiempo no volvieron á reunirse. En vano la buscó Rugiero, prosiguiendo al mismo tiempo sus aventuras hasta que se embarcó para el Africa y tuvo la desgracia de que una tempestad estrellase el bajel contra una roca, poniendo en grave peligro la vida del joven. Sin embargo, calado de agua hasta los huesos, pudo asirse á las asperidades de la roca y salvarse. En aquel triste estado dirigió la vista en rededor de sí y vió á un ermitaño que se apresuró á prodigarle los más generosos auxilios y á compartir su pobre comida, que consistía en algunas frutas y un pedazo de pan. Rugiero le da las gracias y seca sus vestidos á la lumbre. Oye sus palabras con atento oído y al día siguiente recibe el bautismo. El corazón del joven sarraceno se dilata y regocija al entrar en el gremio de la Iglesia cristiana y se dispone á partir después de abrazar al ermitaño.

Estandose despidiendo llega Reinaldo, hermano de Bradamanta, y no puede contener su alegría al ver á Rugiero cuyo valor conocía. Al ver el ermitaño las atenciones y pruebas de cariño que Reinaldo prodigaba á Rugiero, les habla en estos términos:

—Al observar la amistad que os une os voy á manifestar un deseo que acojereis con gusto. De vosotros depende unir dos razas ilustres por medio de una alianza cuya gloria durará eternamente.

Reinaldo oye estas palabras y se persuade que debe hacer lo que le aconseja el ermitaño. Para ello promete á Rugiero la mano de Bradamanta, no dudando que este enlace será del agrado de sus padres y del emperador. Pero ignoran que en aquel mismo momento acoge el duque de Aimon favorablemente la petición que le hace Constantino, emperador de los griegos, de la mano de Bradamanta para Leon, su hijo y heredero.

Al día siguiente se ponen en camino para la corte de Carlo Magno, donde son recibidos con entusiasmo. El padre de Reinaldo abraza á los dos jóvenes y participa á su hijo la elección de Leon para esposo de Bradamanta. Reinaldo sorprendido manifiesta profundo pesar y dice que habia empeñado su palabra para con Rugiero. El conde le reprende agriamente y se niega á conceder al joven la mano de Bradamanta, á pesar de leer en el semblante de ésta el apasionado amor que profesa á Rugiero. Después de esto la joven se retira llena de dolor. Sola en su aposento da libre curso á sus lágrimas. La razón es vencida por el amor y aunque esclava de su deber es esclava también del amor. Imagínase al mismo tiempo el sentimiento de Rugiero y le escribe una carta llena de amorosas protestas y le asegura que no será de nadie más que de él. En seguida se presenta al emperador diciendo:

—Señor, dignaos concederme una gracia.

—Habla y le será otorgada, contesta el emperador.
Quiero que los que aspiren á mi mano habrán de sostener conmigo un combate á lanza ó espada.

Gozoso el emperador al oír una pretension tan digna, accede gustoso y señala el día para el combate.

Informado Rugiero de este acontecimiento determina inmolar á su rival, y seguido de un escudero fiel pasa el Rhin, atraviesa el Asustria y la Hungría y no tarda en dar vista á Belgrado. En el momento de llegar estaba empeñada una batalla entre los búlgaros y el emperador Constantino, cuyas tropas manda su hijo Leon. Poseído Rugiero de cólera al conocer á su rival, se pone de parte de los búlgaros y decide la victoria en favor de éstos. Todos admiraron á aquel caballero y creen que es un angel exterminador. Busca á Leon por todas partes, pero este manda tocar retirada y su ejército se pone en dispersion. Entonces los búlgaros proclaman á Rugiero general, su señor, y su rey, más éste les dice que no puede aceptar ni el cetro ni el mando hasta que no encuentre á Leon. Con este propósito sigue Rugiero su camino hasta llegar á una ciudad, donde se promete descansar. Pero mientras dormia es hecho prisionero por uno de los oficiales de Constantino y llevado á su presencia. Inmediatamente le cargan de cadenas y le encierran en un lóbrego calabozo.

La Providencia que jamás olvida á los buenos hizo que Leon, con deseos de reconocer al guerrero, se propuso salvarle y captarse su amistad. Para esto logra introducirse en la prision, echa un nudo corredizo al cuello del carcelero y levanta la trampa que oculta á Rugiero; le saca y le introduce en su Palacio para alejar las sospechas. Admirado de tanta generosidad se convierten su cólera y odio en la mas sincera amistad y quiere probar á Leon su gratitud.

En esto llega á la corte de Constantino el pregon de Carlo-Magno y reconociendo Leon que será vencido por Bradamanta, propone á Rugiero que pelee por él con su traje guardando el secreto. Rugiero tiembla, vacila, pero al fin la gratitud puede más que el amor y promete á Leon ejecutar su proyecto.

Disponen el viaje á París; Leon se hace acompañar de su amigo y de un séquito numeroso. Al llegar á las puertas de la ciudad Leon hace levantar sus tiendas y por un heraldo anuncia el deseo de pelear con la guerrera como pretendiente á su mano.

Al día siguiente se abre el palenque y Rugiero penetra en él con las armas de Leon mientras éste presencia el combate oculto. El guerrero lleva el corazon despedazado de dolor y en vez de prevenirse contra los golpes que va á recibir embota su acero para no causar daño á su amada.

Apenas suena el clarín, creyendo Bradamanta que ataca á Leon se lanza furiosamente sobre él; pero éste no hace más que pararle los

golpes y seguir el movimiento de sus pies. Bradamanta se desespera; pues sabe que si llega el término fijado y no ha vencido á su adversario no tiene más remedio que ser suya; redobla sus golpes, pero todo es inútil porque la espada de su enemigo no se ha dirigido á ella una vez para hirla. El sol se pone y el combate debe terminarse á momento. Todos proclaman vencedor á Leon, pues nadie ha conocido que es Rugiero, y el desgraciado joven se retira á su tienda decidido á terminar sus días violentamente. Su amada también está á punto de espirar por ser inevitable entregarse á Leon.

Pero Bradamanta está muy enamorada de Rugiero á pesar de su compromiso y dice que no se casará con Leon mientras no dispute su posesion con su hermano. Llega este reto á oídos de Leon y lo acepta, valiéndose otra vez del desconocido caballero, pero este había desaparecido. Le busca por todas partes y al entrar en un bosque le encuentra tendido en el suelo dando gritos y sollozando.

—¿Qué tienes? le dice: ¿qué puede sucederte que yo no sea digno de saber? Cuéntame tus penas y quizá hallaremos remedio.

—Sabe que soy Rugiero tu rival, dice levantándose, y el amante de Bradamanta. Figúrate cuántos dolores no me habrá costado batirme con ella movido por la gratitud que te debía.

Leon se sorprende con aquella noticia y vuelto en sí cree no debe ser inferior en generosidad á un simple caballero, y le dice:

—Tu mereces mejor que yo la mano de Bradamanta, yo te prometo que la obtendré para ti. Debo confesar que no vale nada este sacrificio en comparacion con el que he hecho por mí hasta el punto de perder la vida por ella y yo no tendria tanto sentimiento por su pérdida.

Ambos se abrazan jurándose eterna amistad. Al dia siguiente presenta Leon á Rugiero al emperador y le cuenta todo lo que entre ellos ha pasado. Al mismo tiempo una comision de los búlgaros venia á participar á Rugiero que habia sido elegido rey de aquel país y esto contribuyó á que al fin consintiesen los padres de Bradamanta en su enlace con el guerrero.

El emperador hizo magníficas fiestas para celebrar el matrimonio de los jóvenes, á quienes colmó de honores que eran bien merecidos, pudiéndose lisonjear de haber adquirido un poderoso defensor de la religion cristiana, el cual fué la rama de una infinidad de héroes.

FIN.